

# Introducción

---

Rafael Rojas

LA REVOLUCIÓN QUE EN 1959 TRIUNFÓ SOBRE LA DICTADURA DE FULGENCIO Batista fue un movimiento heterogéneo en más de un sentido: social y generacional, ideológico y político, cultural y racial. El consenso mínimo que integró a actores tan diversos giraba en torno a unas cuantas demandas básicas: restablecimiento del orden constitucional de 1940, reforma agraria moderada, igualdad civil, justicia social, soberanía nacional, democracia representativa.

La formación de un régimen totalitario dentro de aquella revolución popular triunfante comenzó con la vertiginosa concentración del poder en la persona de Fidel Castro y culminó con la adopción del marxismo-leninismo como ideología de Estado y la incorporación de la Isla al bloque soviético. Esa elección racional de las nuevas élites del poder, entre 1959 y 1961, produjo una estela de conflictos internos y externos, que bien podría equipararse a una guerra civil, en el contexto internacional de la Guerra Fría.

El exilio del sector próspero del país y de una buena porción de las élites intelectuales y políticas, además del enfrentamiento con Estados Unidos, fueron algunas de las consecuencias visibles de aquella deriva totalitaria. La otra, menos conocida, fue la vertebración de un gran movimiento opositor al naciente comunismo cubano, proveniente, en su mayoría, de las propias filas revolucionarias. Ese movimiento operó clandestinamente en las principales ciudades de la Isla, hostilizando al régimen, entre 1960 y 1961, conformó la Brigada 2506, que desembarcó en Bahía de Cochinos, nutrió las guerrillas del Escambray hasta mediados de los 60 y pobló las cárceles cubanas de decenas de miles de presos políticos durante las dos primeras décadas socialistas.

La experiencia de aquel movimiento opositor, integrado por toda una generación de jóvenes demócratas y católicos cubanos, ha sido borrada de la historia contemporánea de Cuba. En un régimen como el que subsiste en la Isla sólo los partidarios del sistema político imperante son considerados sujetos o protagonistas de la historia nacional. El opositor, en un régimen así, carece de derechos en el presente y de identidad en el pasado porque es asumido no como adversario de un Estado, sino como enemigo de una nación. El despojo de su legitimidad política, en el presente, determina su ausencia de legitimidad histórica en el pasado.

El dossier que la revista *Encuentro* ofrece a sus lectores quisiera contribuir a devolverle a la primera oposición su carta de naturalidad en la historia de Cuba. Para ello, hemos invitado a cinco intelectuales y políticos cubanos,

protagonistas de aquel movimiento: José Ignacio Rasco, fundador de la democracia cristiana en la Isla y miembro del Frente Revolucionario Democrático; Reinol González, líder sindical, fundador del Movimiento Revolucionario del Pueblo (MRP) y ex preso político cubano; el doctor Lino B. Fernández, líder del Movimiento de Recuperación Revolucionaria (MRR) y ex preso político cubano; el historiador José Manuel Hernández, también líder del MRR y uno de sus representantes ante el Frente Revolucionario Democrático, y Marcelino Miyares, líder de la juventud católica, integrante de la Brigada 2506 y actual presidente de la democracia cristiana.

Junto a los valiosos testimonios de estos protagonistas, hemos incluido un par de ensayos de los historiadores Javier Figueroa y Elizabeth Burgos. El primero aborda otra de las organizaciones opositoras de aquel momento, el Directorio Estudiantil Revolucionario, a la que perteneció el propio Figueroa siendo muy joven, mientras que la segunda analiza el gesto de los presos políticos «plantados» como una alegoría de la resistencia corporal y moral que ha ejercido la oposición cubana en las últimas cuatro décadas. Finalmente, el dossier cierra con una emotiva memoria del conocido escritor y político exiliado, Carlos Alberto Montaner, quien evoca su iniciación juvenil en la lucha por la democracia cubana.

El historiador alemán Martin Broszat, estudioso de la oposición católica a los regímenes de Bismarck y Hitler, ha propuesto la distinción conceptual entre *Widerstand*, la resistencia política, eventualmente armada, propia de cualquier de levantamiento militar, y *Resistenz*, término tomado de la medicina y la biología, que se refiere a la defensa del organismo para conseguir la inmunidad frente al poder. Los opositores cubanos recurrieron a la *Widerstand*, entre 1959 y 1965, por medio de conspiraciones, violencia urbana, invasión y guerrillas en el Escambray. Desde 1965, la *Resistenz*, en sus modalidades básicas —resistencia en presidio, desobediencia civil, exilio...—, ha sido la forma de oposición más practicada.

Entre 1959 y 1965, castristas y anticastristas, católicos y comunistas, demócratas y totalitarios, se enfrentaron en la que vendría siendo la última guerra civil de la historia de Cuba. Las diferencias ideológicas entre unos y otros eran lo suficientemente poderosas como para llevarlos a la aniquilación mutua. Pero una guerra civil como aquella no se explica sólo por las diferencias ideológicas, sino por la cultura política que compartían los rivales. Ambos bandos estaban dispuestos a matar y morir en defensa o en oposición a un Gobierno que consideraban justo o ilegítimo.